

## EL GRITO CALLADO POR MIEDO

Cristina Sosa Galaz

Gritar no sirvió de nada, sus manos me lo impidieron. Quise levantarme y salir corriendo, pero su cuerpo me detuvo. No pude hacer nada, sólo aguantar y seguir con aquel dolor inmenso que devoraba mi cuerpo cual fuego de una chimenea.

Tener que alejarme de la gente, por miedo a no saber su reacción; no permitir a nadie que se me acerque, vivir con la mente aislada en una desgracia que no sé cuánto durará. Vivir con la incertidumbre de no saber qué pasará el día de mañana y el día que me enamore y no sea aceptada porque mi cuerpo ya no es normal, sino un trozo de carne podrida que no tiene ningún valor como ser humano. ¿Qué persona podría interesarse en alguien como yo, si yo misma me doy asco? No hubo apoyo, sólo era yo tratando de vivir con un recuerdo tan doloroso; tuve que enfrentar esa etapa tan destructiva para mi vida.

### Un refugio

Los años pasaron, dos para ser exacta. Me armé de valor y decidí salir a buscar un refugio, ya que aún tenía la esperanza de retomar mi vida al lado de mi madre, pero lo único que encontré fueron drogas y más perdición, y una barrera más para salir adelante. Hasta ese momento todo estaba mal, no podía hacerme a la idea de ser alguien en la vida si por todos lados estaba jodida.

Recuerdo también cuando prendí mi primer cigarro para calmar aquella temblorina de mi cuerpo, de donde brotaba tanto miedo al no saber qué iba a pasar cuando entrara aquel hombre en mi habitación para seguir destruyéndome la vida noche tras noche.

A los trece años probé la mariguana, y así fue como pude desarrollarme un poco más como persona, ya que era la única medicina que me ayudaba a calmar un poco el dolor que sentía dentro de mí, al olvidar por momentos lo que pasaba. Las drogas fueron en ese momento algún tipo de cohete para salir volando y no saber nada; fueron apoyo, doctor, terapia y mi familia. No había nada que la mariguana no me curara.

Al principio, mi vida parecía ser fabulosa, ¡pero qué sorpresa me llevé! Todo parecía normal, tenía todo lo que una niña quería tener: juguetes, escuela, sueños, pero creo que me hizo falta algo, mi verdadera familia.

Todo era extraño para mí, jamás pude comprender por qué me tocó una vida que no elegí. Me preguntaba todos los días: ¿por qué no tengo a mi madre y a mi padre conmigo? ¿Acaso no me quieren?

## Mi niñez

Tener el sueño de ser alguien en la vida, tener estudios, una carrera, hacer cosas grandes que me hicieran brillar como persona exitosa, no costaba tanto, siempre y cuando no te destruyan la vida.

Todo comenzó una noche, cuando alguien vino y, sin piedad alguna, decidió acabar con mi vida, mis sueños y con todo lo que tenía. Tomó mi vida en sus brazos y la lanzó al vacío sin remordimiento. En ese momento me sentí morir, pues tuve que mirar todos los días, durante dos largos años, a un monstruo, y no precisamente imaginario, sino real y destructivo, acostado a

un lado mío, con ojos brillantes, iluminados con un solo rayo de luz que lograba entrar por una rendija de la ventana; con el solo propósito de destruirme sin compasión ni remordimiento alguno.

## De niña a mujer

Ayer en la gloria y ahora en el infierno, ¡qué cosas!, ¿verdad? A los diez años los sueños por cumplir de aquella niña que tenía tantas metas en su vida, se terminaron en un abrir y cerrar de ojos. Esa etapa de mi vida me dejó sin ganas de nada. Aquel día me morí sin ganas de cumplir mis metas. Aquella niña había quedado atrás, y todo para ser mujer a los diez años de edad. Surgió una mujer con ganas de vengarse de la persona que le había arrebatado la vida sin derecho alguno.

## El trabajo

El trabajo, para mí, era otra de las cosas que me hacían olvidar mi dolor. Se convirtió en uno de mis pasatiempos favoritos, hasta que un día, como dicen por ahí, el hambre llegó. Mi madre no se encontraba, sólo mi hermano y yo, y con hambre. En ese momento no tenía trabajo, e inesperadamente se me prendió una idea. A dos casas de la mía se encontraba un par de hombres tomando con una vecina y se me ocurrió acercarme y pedirles dinero. ¡Oh, sorpresa la que me llevé! Las palabras de aquel hombre hicieron crujir mis dientes y sentir algo dentro de mí que no puedo explicar. Me dijo: “¿Qué quieres?” Al pedirle yo dinero, me contestó: “Todo en esta vida se gana, y si quieres dinero, tienes que ganártelo”. No supe qué contestar, me quedé perpleja mirándolo. El hombre desconocía mi edad, ya que mi cuerpo estaba bastante

desarrollado. Me creyó una chamaca de dieciséis o diecisiete años. Volteé a ver a mi hermano, y me entregué a aquel hombre sin conocerlo, sin saber nada de él. Lo único que sabía era que mi hermano y yo teníamos hambre.

## Mi nueva vida

Después de aquel día, decidí empezar una nueva vida liberal, sin reglas ni prohibiciones, para ir por el mundo en busca de nuevas personas, respirar otros aires, conocer otras fronteras.

Me propuse buscar a un buen hombre que me hiciera sentir algo distinto a mi primera vez, y lo encontré. A los quince años me junté con un hombre de cuarenta y ocho que me hizo feliz por el simple hecho de haberme sacado del lugar donde me estaban comiendo los gusanos. Por un momento en mi vida había sentido lo que era estar con alguien porque yo lo deseaba y no por las circunstancias del maldito destino que no elegí.

## La separación

Aquella relación terminó al año y medio. Me separé de aquella persona porque no sentía nada por él, o tal vez porque todavía no superaba aquel dolor, ya que había momentos en que quería tocarme y lo único que yo hacía era rechazarlo. No soportaba que me pusiera un dedo encima, de alguna forma yo tuve la culpa de que nuestra relación terminara, ya que no podía olvidar la cara de aquella persona que destruyó mi vida. Ese recuerdo lo llevaba como un tatuaje en mi mente, sólo olvidaba por instantes, era una mancha que siempre se encontraba en mi cuerpo y que, por más que quise lavarla, no se quitó.

## Volver atrás

Cada hombre en mi vida, cada caricia en mi cuerpo, es como revivir el tiempo horroroso. Es despreciable estar con alguien sin ganas de estar. Después de tantas noches de estar con algunos hombres, no he podido recuperar aquella confianza en mí y siempre termino sintiéndome como una basura que sólo alguien con ganas de satisfacer sus deseos, levanta del suelo.

Es triste tener que vivir una vida que yo no elegí, mirar a mi alrededor y ver el mundo avanzar mientras yo, atorada como cualquier zapato en el cemento, sigo atada a un recuerdo de mi niñez, preguntándome todos los días ¿qué hice para merecer esto? ¿A quién le he hecho daño para pagarlo tan caro?

Vivo con la ilusión diaria de que mañana despertaré y todo se habrá ido al olvido, ¡pero qué tonta soy! Todo es una ilusión, y ésta es mi realidad, mi cruda realidad con la que tengo que vivir siempre. Después de tantas cosas que habían pasado en mi vida, después de hacer todo lo que estaba a mi alcance para cumplir mis sueños, no tuve éxito alguno, ya que siempre terminaba haciéndome daño yo misma.

## Mi infidelidad

Me fui lejos, en compañía de un buen hombre y nos hicimos la promesa de estar juntos en las buenas y en las malas. Todo marchaba bien, hasta que un día le fallé como mujer, lo engañé con su mejor amigo. Él no lo supo, o al menos no mientras estuvimos juntos.

Aquella obsesión de tomar a los hombres y hacerlos sufrir no terminaba. La palabra venganza seguía en mi mente y no podía parar, ya que para mí era una satisfacción ver la cara de placer de un hombre, y después la cara de dolor al alejarlos de mí como cualquier basura.

Después de un tiempo, mi pareja se dio cuenta de mi infidelidad y no tuvo forma de negarlo. Como no tenía vergüenza, no me importaba nada. Él me golpeó hasta que se cansó, sus ojos reflejaban una rabia inmensa, un deseo de matarme; se había convertido en el mismo demonio. No sabía qué hacer. Me refugié en un rincón a esperar que se pasara un poco el dolor de la golpiza que me había dado. Escuché los pasos de aquel hombre acercarse a mi cuarto y el miedo volvió. Abrió la puerta y, al verme tirada en aquella esquina, se hincó y me dijo que cómo era posible que le hiciera eso; él, que se partía el alma para darme lo mejor y que no me faltara nada. Recuerdo tan bien cuando me dijo que él me amaba, que no le hiciera daño, que él jamás lo haría. Las preguntas empezaron en mi cabeza como torbellino sin poder parar: ¿cómo alguien puede amarme si ni siquiera yo me amo? ¿Cómo es que me daba todo? Y me sentía tan vacía, tan ajena al mundo y a lo que me rodeaba. “¡Qué estúpida soy!”, fue lo que mi mente dijo. Me tomó en sus brazos y me llevó a la cama. Me dijo que olvidara lo que acababa de pasar y que me olvidara de esa idea de venganza que tenía en contra de todos los hombres. Me pedía que, al menos, no lo hiciera con él. Mi mente quedó en blanco, no sabía qué decir, ya que aquellas palabras dejaron mi corazón sin resuello y no pude pronunciar ninguna palabra. Él perdonó mi traición y me tomó en sus brazos, me hizo sentir amada, algo muy bonito. Nos dormimos hasta el otro día. Al despertar, él ya no estaba. Se había marchado al trabajo para darme lo que yo no merecía, o al menos eso pasaba por mi mente. Seguimos juntos por unos instantes, que se convirtieron en meses...

## El reencuentro con el pasado

Cierto día, una llamada inesperada de mi hermana, que lloraba, cambió de nuevo mi vida. Tenía que regresar, pues mi madre, la

persona que me había criado, estaba muy enferma. Empaqué lo necesario, llamé a mi pareja y le conté lo ocurrido para que viniera pronto a la casa. Me llevó a la central a tomar el autobús; al subir y verlo por la ventanilla, algo dentro de mí me dijo que ya no regresaría a aquel lugar y, mucho menos, con aquel hombre que me amaba tanto.

Después de largas horas con ansias de llegar a donde se encontraba mi madre para abrazarla y decirle cuánto la había extrañado todo ese tiempo, el momento se acercaba de nuevo. Aquel aire que volvía a respirar me daba la sensación de estar en el mismo lugar donde ocurrió mi desgracia; al bajar del autobús, sentí un vacío en mi alma.

Qué curiosa era la vida al regresarme a aquel lugar donde ya no quería estar, pero al que las circunstancias me obligaron a volver sin poder hacer nada al respecto. Mi madre se encontraba imposibilitada y era mi deber de hija ayudarla, pues no podía hacer nada.

Al llegar al hospital y ver a mi madre en una cama sin poder moverse y casi sin habla, mi alma sintió dolor por no poder hacer nada ni llevármela conmigo. Mis ojos se llenaron de lágrimas. Corrí y la abracé, le dije que la amaba, que no se preocupara, que todo iba a salir bien, que yo la ayudaría; o al menos eso era lo que yo pensaba.

Por mi mente pasaron muchas cosas, la más importante: ¿cómo le haría para apoyar a mi madre si sólo traía cien pesos en mi bolsa y ella esperaba sus medicinas? Empecé a darme ideas y sólo me quedó volver a lo mismo, a la etapa más difícil de mi vida: los clientes y las drogas. Después de una larga velada en el hospital cuidando a mi madre, desde el pasillo donde me encontraba con las maletas sin saber qué hacer al día siguiente, oí unos pasos a lo lejos. Volteé y vi a aquel hombre por el que tanto desprecio sentía por haberme arruinado la vida. Quise matarlo y salir corriendo, pero no pude. Al ver a mi madre enferma, no pude hacer nada, sólo decirle: “¡Hola!” Su mirada reflejaba cierta lujuria hacia mí,

y me percaté de que aquel hombre aún recordaba la noche en que me arruinó la vida. Los recuerdos volvieron a mi mente amenazando mi alma, insinuando un dolor que se hacía más grande cada vez que lo miraba. Salí del lugar con mis maletas y me senté en una banca helada por el sereno de la madrugada, hasta que el cansancio me venció.

Al día siguiente, una mano tocó mi hombro y, al despertar, vi a mi hermana. Me levanté, la abracé y, después de contarme lo ocurrido con mi madre, me invitó a desayunar. Después fuimos a la habitación a ver a mi madre. Mi hermana me dijo que me fuera a la casa para que descansara un poco y que volviera al día siguiente a quedarme con ella.

Salí del hospital y tomé un taxi. Con tantas preguntas en mi cabeza, no sabía a quién tenía que buscar para sacar dinero y apoyar a mi madre. Le pedí al taxista que me llevara a una dirección, con miedo de no encontrar a la persona que buscaba, pues no traía dinero. Por fin llegamos.

## El mejor apoyo

Toqué la puerta de aquella casa que en algún momento me sirvió de cobijo antes de que me fuera lejos. Salió aquel señor de tez morena y edad avanzada cuya cara, al verme, se iluminó como la de un niño con juguete nuevo. Me invitó a pasar y comenzó a preguntar qué había sido de mí, por qué lo había abandonado sin decirle nada, y muchas otras cosas más que no tuvieron respuesta, o al menos no por el momento.

Le pedí su teléfono para llamar al hombre que había dejado en aquel lugar, lejos, e informarle que estaba bien, que ya había mirado a mi madre y que estaría en comunicación con él. Al terminar la llamada, seguí platicando con aquel señor. Le pedí que me permitiera quedarme en su casa por unos días y, sin pensarlo,

me contestó que sí, que no había ningún problema, que sabía que su casa era mi casa. Él me apoyó mucho: me dio carro para que no batallara al ir a ver a mi madre. Me dio casa y, lo más importante, me ayudó económicamente con todos los gastos de mi madre mientras estuvo en el hospital.

Después de tener quince días a mi madre en el hospital, por fin la dieron de alta. Me la llevé a su casa. Para mí fue muy difícil abrir aquella puerta, la puerta que tantas noches oí rechinar y toda mi vida con ella. Mi madre me pidió que me quedara para tenerme cerca, pero le dije que no, que después me iría. Mi corazón no resistió estar ahí. Todas aquellas imágenes tan oscuras se apoderaban de nuevo de mis pensamientos, y me di cuenta de que aún no olvidaba mi desgracia.

## El amor perdido

Los días seguían pasando y yo seguía estancada donde mismo, pero, gracias a Dios, mi madre mejoraba y pronto podría volver al lugar donde había dejado a aquel hombre que trabajaba y esperaba por mí.

Cuando por fin todo estuvo bien al parecer, ocurrió algo que volvió a terminar con mis ilusiones y con todas aquellas cosas que tenía planeadas para mi futuro; todo se derrumbó. Tomé el teléfono para llamar a aquel hombre que, según yo, era el único que me amaba. Me llevé una gran sorpresa: una voz desconocida respondió y, al preguntar quién hablaba, ella respondió: “Soy su novia, ¿qué se le ofrece?” No supe qué contestar, sólo colgué el teléfono y me quedé observando a mi alrededor y diciendo una y otra vez: “¿Por qué me pasa todo lo peor a mí?”

Mis planes cambiaron. Aquellos sueños se habían ido al vacío que no tiene final, ahí donde se encontraban todos los sueños destruidos, ¡el olvido!

Me quedé en la ciudad, seguí con mi vida rutinaria: sexo, clientes, droga, dinero y perdición. Hice muchos negocios con mi cuerpo, ¡hasta promociones tenía! Me sentía como un billete en manos del mejor postor. Fui conociendo a más personas, me involucré en la venta de drogas y empecé a dedicarme a los negocios, así ya no necesitaba entregar mi cuerpo. Eso me gustó y me quedé con esa vida, me hacía sentir muy “chingona”, hacía lo que yo quería, no había persona alguna que me hiciera sentir mal, sentía que todo el mundo estaba a mis pies y que con un solo chasquido de mis dedos los tenía a mi merced. ¡Qué bien me sentía!, al menos en aquel tiempo. En el transcurso de esa etapa de mi vida conocí a un hombre del que prefiero no decir nombre, pero al que consideraba un cliente-amigo.

## Le decepción

Un día, él llegó a mi casa y me preguntó si tenía dinero, porque su esposa estaba embarazada y él no tenía trabajo ni dinero para salir a conseguir. En ese momento recordé que un día me dijeron que para merecer había que hacer, y que lo que yo tenía me había costado mucho. Con su rostro de decepción, decidió irse a su casa. Pasaron algunos días para que lo viera nuevamente, pero esta vez ya no venía a pedir, sino a proponerme un trabajo que, según él, nos dejaría dinero y así él solucionaría su vida matrimonial. Acepté aquel trabajo, sin pensar en las consecuencias. Quedamos de vernos unos días más adelante. Mientras tanto, yo había pensado mejor las cosas y, cuando lo vi de nuevo, le dije que no quería participar, que era muy arriesgado, que las cosas planeadas no salen bien. Me respondió que no podía echarme para atrás, pues había alguien por encima de él y que no podían arriesgarse a que los denunciaran y que si no lo hacía, me atuviera a las consecuencias.

## No tuve opción

“O lo haces, o te lleva la chin...”, y cedí. Fui a ver a mi madre y le dije que iba a hacer un negocio, que le llevaría dinero en unos días. Recuerdo bien aquellos ojos nublados por la enfermedad, aquel cuerpo sentado en un rincón esperando a que le atendieran, diciéndome una y otra vez: “No lo hagas, ¿para qué quieres más dinero? Mira que la Nochebuena y el Año Nuevo ya vienen y, si no estás conmigo, me voy a morir de tristeza”. Esas fueron las palabras de mi madre. Lo que ella no comprendía era que si no lo hacía, mi vida corría peligro. Estaba impotente, imaginaba lo peor que podía pasarme y no podía hacer nada. Lo único que me quedaba era esperar a que el momento llegara.

Por fin el día llegó. No tenía la más remota idea de que sería el peor de todos. Lo que aquella tarde pasó, fue algo que me marcó para siempre. Mi vida dio un giro enorme. Cuando vi aquella luz que me seguía, sabía que no era cualquier carro. La cara de aquella mujer era una cara de súplica, me pedía con sus ojos llenos de agua que no le hiciera daño. Recuerdo que le dije que todo iba a estar bien, que no le haría daño. Le pedí a mi compañero que le quitara el arma de la cabeza. Detuve el auto y me bajé a comprar una botella de agua y unas pastillas para dárselas a aquella mujer que se sentía mal, y todo por culpa mía y del idiota que me obligó a hacer eso.

Sabía que yo no era nadie para privar de su libertad a aquella mujer, y mucho menos para pedir dinero a cambio de ella. Lo único que me quedó fue prometer que nada le pasaría. No sé cómo le dije eso, si ni siquiera yo estaba segura de salir bien de aquello.

Los nervios invadían mi cuerpo al llegar al lugar donde dos días atrás me habían tenido encerrada y sin comunicación, ya que decían que debían tenerme ahí para asegurarse de que todo saliera bien y que no les estropeará el trabajito.

## La consecuencia

De repente, por el espejo retrovisor vi unos colores que significaban para mí: “Córrele porque te agarran”, ¡sí!, eran los colores de una sirena de patrulla, y con ella dos policías que preguntaron si pasaba algo. Les contesté que no, que todo estaba bien, que la muchacha se sentía mal y era por eso que tenía su cara estragada. Mis manos empezaron a temblar; ella con sus ojos lo dijo todo. Mi compañero se echó a correr como liebre huyendo de su cazador. Sentí un manotazo en la nuca, me bajaron del carro para luego subirme a una patrulla, me esposaron y me tiraron como un trapo sucio listo para llevar a la lavandería. Mi mente quedó en blanco, no sabía qué hacer, quedé en *shock*. Después de unas horas, o minutos, no sé cuánto tiempo pasó, una gran bofetada me regresó a la realidad. A mi alrededor había muchas patrullas y me llevaban a la estación de la policía investigadora. Di mi declaración y pensé que me dejarían ir, pero no fue así. Me encerraron en un cuarto y me golpearon hasta ya no poder. Me pusieron una chamarra alrededor de la cabeza y querían que les dijera el paradero del hombre que me había mandado a secuestrar a aquella mujer, pero no lo sabía. Por suerte recordé que aquel hombre había dicho que ella era su prima y fue así como logré que dejaran de golpearme.

Me sacaron de aquel cuarto y me llevaron a una celda muy fea y fría. Ahí estuve un rato. Después llegó un custodio y me llevó de nuevo al cuarto. Les pedí que, por favor, ya no me golpearan. El custodio abrió la puerta y, ¡oh, sorpresa!, ahí estaba aquel cliente-amigo. Me miró con ojos inyectados de coraje, y el comandante me preguntó si ésa era la persona que me había mandado. Les dije que sí, que era él, y empezaron a golpearlo para que dijera todo. El eco de los golpes se escuchaba en el pasillo, gritos de dolor. En ese momento me puse a dialogar conmigo misma y a reprocharme, una y otra vez, lo estúpida que había sido al haber aceptado aquel trabajo, pero más estúpida aún por haber confiado en aquel tipo.

## La nueva vida

¡La lista! Fue un grito al amanecer del 23 de diciembre de 2007, un respirar con aroma a fierro, un frío que entra por el pasillo y una mujer diciendo algunos nombres, ninguno conocido, para preguntar qué estaba haciendo ahí. De repente, un empujón terminó de despertarme y me dijeron: “¡Contesta!”, y dije igual que todas: “¡Presente!”

Estaba en la cárcel, y las preguntas empezaron: ¿por qué vienes?, ¿federal o común?, ¿cómo te llamas?, ¿de qué barrio vienes? Y no sé qué tantas cosas más. Me sentía muy mal, quería llorar, pero no podía. Mis ojos ya no tenían lágrimas, ¿o sería por vergüenza de que las demás se rieran de mí? No lo supe, sólo sabía que mi corazón estaba hecho pedazos por no saber lo que pasaría con mi madre. ¿Quién vería por ella? Me sentía morir.

En cuanto el sol salió, una compañera me prestó un minuto de tarjeta y llamé a mi madre. Al oír su voz, mi alma se quebrantó. Le dije que todo iba a salir bien y que en unos días estaría con ella. En esos momentos no sabía la gravedad del delito de secuestro. Las mismas compañeras me contaron que las sentencias eran de veinte años en adelante. Yo no les creía y decía que no me asustaban, que me iba a ir pronto, pero una vez más me equivoqué.

## Mi preocupación

Mi proceso estaba en curso. Fui conociendo a todas las compañeras del penal; a la mayoría les caía mal, pero era como en todo. Al principio nadie me quería, pero conforme pasó el tiempo, me fui ganando el cariño de algunas.

Me sentía bien a pesar de haber perdido el vuelo de mi juventud, pero había alguien que no dejaba mis pensamientos por nada del mundo: ¡mi madre!

Todos los días le llamaba para saber si estaba bien y para decirle que la quería. Ella era la única persona por la que me daba ilusión salir de ahí algún día; era el motivo para no deprimirme ni perder la esperanza. Al principio de mi nueva vida, no dejaba que nadie se me acercara, aún traía aires de grandeza, pero conforme el tiempo pasaba, mi corazón se ablandaba y me dejaba sentir querida por alguna compañera que deseara mi amistad. Conocí a alguien especial, la mejor amiga o la única amiga de mi vida. Mientras ella estuvo aquí, siempre estuvo conmigo, en las buenas y en las malas, siempre firme como un soldado. Le digo “mi muñequita” porque es bien chaparrita, pero con un corazón enorme. Ella me ayudó a superar el encierro y a que nadie me hiciera sentir mal; no tengo palabras para agradecerle todo lo que hizo por mí.

## La espera

Después de nueve meses llegó mi sentencia, pero antes de eso, me casé con un hombre que apenas conocía. Para mí eso no era nada nuevo, ya que a todos los hombres que pasaron por mi vida los conocía en una noche, pero lo que sí era nuevo fue firmar un acta de matrimonio, algo que jamás había pensado hacer. En fin, tenía que buscar una distracción del encierro. Desgraciadamente, nos tuvimos que separar, ya que él pronto saldría de este lugar y no quería arriesgarme a sufrir su ausencia, y tampoco yo quería atar a alguien por un error que había cometido.

Por fin llegó el día que tanto esperaba: mi sentencia. Oí mi nombre como a las diez de la mañana, y me dijeron: “Vas para el otro”. Me encomendé a todos los santos para que no me fueran a dar muchos años, pero no fue suficiente.

Al llegar a aquel cuarto donde sólo había una ventanilla, las manos comenzaron a sudarme, y ¡cómo no!, si estaba a punto de saber si me iba libre. De repente, una ventanilla se abrió y, con ello,

un rechinido de horror. Me saludó una joven muy guapa, su nombre era Olivia y era la notificadora que me daría la noticia de mi sentencia. Comenzó a leer los delitos de que me acusaban, eran como cuatro, de los cuales salí absuelta, sólo me quedó uno, el peor. Me preguntó aquella mujer si me sentía preparada para la sentencia y que si no tenía algún problema cardiaco. Respondí que no hiciera más larga mi agonía, que me dijera de una vez por todas cuántos años tenía que estar ahí, pagando la salvación de mi vida.

Mi corazón se aceleraba cada vez más. Respiré profundamente y logré tranquilizar un poco el temblor de mis manos, cuando de pronto oí: “Tu sentencia es de veinte años sin derecho a beneficio”. Pregunté qué quería decir eso de beneficios. La notificadora me explicó que debía pagar los veinte años sin un día más ni un día menos, a menos que mi familia y el abogado pelearan mucho por demostrar mi inocencia, pero eso yo sabía que no iba a pasar. Apele la sentencia, pero no obtuve más que la confirmación de los veinte años.

Cuando salí del Juzgado, llevaba mi mente en una especie de *shock*, no podía pensar, sólo escuchaba la voz de la notificadora en mi mente. No sabía si estaba soñando; en pocas palabras, estaba en el espacio. Llegué a mi ubicación, tomé la tarjeta de teléfono llamé a mi madre.

## Mentir por amor

Levanté el teléfono aún confundida, no sabía qué decirle a mi madre, o si ocultárselo para no hacerla sufrir. Por fin me contestó y le pregunté si ya había tomado sus medicamentos y que cómo se sentía de su presión. “¿Qué pasa?”, me dijo. Le respondí que nada, pero no podía mentirle, estaba en todo el derecho de saber lo que me habían dado en la sentencia. Sólo que le tuve que mentir para que no se le fuera a parar su corazón, ya que estaba un poco delicada de salud.

Le comenté que acababa de llegar del Juzgado y que me habían sentenciado a diez años, pero que aún faltaba la apelación y el amparo. “No te desesperes, pronto voy a estar contigo”, afirmé con el alma en mil pedazos por haberle mentido, y todo para que no se pusiera mal. Aún recuerdo aquellas palabras de dolor que salían de su boca para decirme que no iba a aguantar mucho, que se sentía muy mal, que no quería estar sola, que quería morirse para no sentir mi ausencia, que no iba a soportar estar así. Traté de tranquilizarla un poco, hasta que lo logré, o al menos eso me hizo creer. Colgué el teléfono y llamé a mi hermana para darle la noticia; ella lo tomó un poco más tranquila.

## La realidad

Tuve que aprender a vivir una vida aislada en este lugar. Fue difícil en el primer año, ya que era complicado convivir con puras mujeres y, de alguna forma, familiarizarme con cada una. Comparto con ellas un mismo dolor, el aislamiento del mundo exterior, vivir diario con una historia distinta y, de cierta manera, un mismo error que nos ha marcado.

## Enterrada en vida

Lo más difícil de estar encerrada es vivir la ausencia familiar. Al principio vienen a vernos cada domingo, después cada quince días, luego cada mes, y así sucesivamente hasta que se olvidan de nosotros. Eso es algo con lo que tenemos que aprender a vivir. ¡He visto cada caso en este lugar! Muchas de las compañeras han caído en depresión a causa de la ausencia familiar.

Es muy triste esperar cada domingo a tu familia y no verla llegar, es un dolor inmenso por el cual tengo que pasar cada semana. Me

siento muerta en vida, la cárcel para mí ha sido como un panteón. Al principio venían a traerme flores cada semana, después cada mes, y ahora ni siquiera el Día de Muertos, qué triste, ¿verdad? Pero no puedo hacer nada, sólo esperar a que se cumpla mi sentencia y aprender a vivir sufriendo por algo que ni siquiera hice, sólo por miedo a la muerte.

### No pude hacer nada

Uno de los duelos más difíciles por los que he tenido que pasar ha sido la muerte de mi madre. Después de que le di la noticia de mi sentencia, ella cayó en una depresión muy grande, no quería comer, no quería saber nada, sólo morir.

Un día llamé a la casa como lo hacía siempre, sólo que esta vez aquella llamada cambió mi vida. Escuché una voz que no era la de mi madre, era la voz de la vecina. Le pregunté qué pasaba, por qué no me contestaba mi mamá. Me respondió que no podía porque se sentía muy mal, que estaba muy débil. No podían hacerme tonta, tenía que ser realista y aceptar que mi madre tenía los días contados y que no podía hacer nada. Un gran coraje e impotencia invadió mi sangre, ya que unas malditas rejas me impedían estar con mi madre en sus últimos momentos. Hubiera preferido morirme, al menos así no seguiría sufriendo como lo hacía todos los días, y todo por un destino que yo no había elegido.

### Lo peor de todo

El día 13 de noviembre de 2008 mi mamá murió. Fue un duelo difícil, pues cuando la volví a mirar, fue en un cajón, y todo por mi culpa. Yo había sido la única culpable de que mi madre muriera. Ni siquiera sé dónde quedó su tumba, no puedo dejarle una flor

como quisiera; tengo miedo de que, cuando el tiempo pase, ni siquiera su tumba exista. A veces pienso en lo que pasará el día que salga y no la encuentre en el lugar donde la dejé, donde la vi por última vez. Siempre me voy a sentir culpable por la muerte de mi madre. Pasar por una vida así no ha sido nada fácil. La pregunta de todos los días es: ¿por qué me pasa esto a mí si jamás le hice daño a nadie? ¿Por qué aquel hombre acabó con mi vida? ¿Por qué mi madre no estuvo conmigo? Estar en este lugar es estar muerta, ya que, conforme pasa el tiempo, me doy cuenta de que todo lo que he hecho en la vida ha sido puro sufrir, día con día, y mi premio por eso fue la cárcel.

Vivir con miedo no es una vida, pero de qué otra forma se puede vivir si cada vez que confié me lastimaron sin piedad alguna. Lo único que puedo agradecer es que, desde que estoy encerrada, el recuerdo de mi niñez se ha ido ausentando un poco, ya que no tengo que soportar a nadie para comer, ni tampoco ver la cara de lujuria de aquel hombre. Qué cosas, ¿verdad? Un encierro me sacó de otro. Intenté tantas veces reconstruir mi vida, pero aquella desgracia, de una u otra forma estropeaba mis metas. Tal vez les parezca extraño que no mencione hijos, pero no los tengo. Aquel hombre no sólo me había arruinado la vida, sino también el derecho de ser madre; destrozó mis ilusiones maternas. Hay ocasiones en que pienso en la posibilidad de que si aquel hombre me hubiera embarazado, tal vez me hubieran creído. Bueno, aquella pesadilla infantil había terminado y empecé con otra que espero termine algún día, porque, la verdad, ya estoy harta de todo lo ocurrido en mi vida, ¡ya basta!

## La fruta prohibida

Después de tantas confusiones llegó otra a mi vida. Era un deseo de probar algo más, prohibido, aquella gran sensación de estar

con una mujer, pues mi cerebro estaba dañado por la pornografía, la lujuria, y ya no me satisfacía nada. Quería saber si mi definición sexual era sólo un impulso de saber lo que realmente deseaba.

En varias ocasiones tuve encuentros con mujeres, pero ninguna pudo aclarar mis ideas. Hasta que un día conocí a aquella mujer, con un cuerpo maduro, pero con todo en su lugar y una sonrisa radiante. Algo dentro de mí comenzó a removerse, y cada día más la deseaba. Un día ella me miró, y con ese brillo en sus ojos me atrajo hacia ella. Nos hicimos amigas y no me atreví a decirle que quería algo más que su amistad. El tiempo lo fue diciendo todo. Un día, sin esperar, aquella confusión ya no era más que mi realidad. Me gustaban las mujeres.

## Mi presente

Hoy me encuentro tratando de hacer una nueva vida encerrada y, aunque no hay muchas opciones, hago todo lo posible para que mi estancia no sea tan pesada. Estoy luchando para no pensar en cosas negativas, ya que eso es algo que nos afecta mucho como seres humanos.

Hoy soy una mujer como todas en este lugar, con un deseo y una meta: ser alguien mejor. He aprendido a perdonar y a esforzarme para ser mejor cada día. Hoy no tengo límites y sé que soy capaz de llegar a donde quiera llegar y que estas paredes no son obstáculo para mí.

Me di cuenta de las cosas que tengo que hacer por mí y para mí, y que aunque tenga muchas caídas, puedo levantarme. Lo importante no es caer, sino tener el valor para levantarse.